



TE DEJÉ

Marchar

HELENA PINÉN

Ray London se marchó de Blue Valley porque su padre le dio la espalda de la manera más cruel. Con la excusa de ayudar a los hermanos Montgomery, ella ha regresado al único lugar donde puede llorar su corazón roto. Allí se reencontrará con viejos amigos, viejos amores... pero también con viejos enemigos.

Nicholas Montgomery lleva toda la vida enamorado de Ray, su amor de adolescencia. Ahora que ella está de vuelta, ve como el destino, le brinda la oportunidad de ser feliz de nuevo.

Desgraciadamente para Nicholas, Ray no está dispuesta a abrir su corazón.

¿Podrá el cowboy más interesante del pueblo enamorarla?, ¿o el destino que los ha vuelto a unir, será tan cruel de mantenerlos separados?

Índice de contenido

Cubierta

Te dejé marchar

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para todos los que habéis creído en mí.

PRÓLOGO

Varios meses antes...

Dawson se paró en medio del salón, los dedos suspendidos sobre la corbata; no fue capaz de deshacer el nudo. Se quedó mirando con fijación a Ray, quien se había quedado dormida en el sofá.

Era preciosa, aunque despierta también lo dejaba sin palabras. Se le entrecortaba la respiración cada vez que sus labios despleaban aquella sonrisa tan tierna y natural. Su corazón se rompía de emoción cada vez que acariciaba su piel de terciopelo.

Y ahora él iba a romperle el suyo.

No le quedaba más remedio que hacerlo. Por supuesto, no quería dejar a Ray atrás, pero no podía ponerla en peligro. Al menos, no más de lo que ya estaba.

Esos malnacidos le habían enviado al despacho varias fotografías donde salían ellos dos. Y también instantáneas donde Ray se encontraba sola en el supermercado, en una cafetería con sus amigas o trabajando.

Una forma clara de avisarle de que la tenían en el punto de mira y que, de seguir investigando, irían a por ella. Porque secuestrándola o acabando con su vida, llegarían hasta él y lo destruirían.

Ray era su punto débil.

Ellos lo sabían, y pensaban aprovecharse de eso.

Debía alejarla de él.

Cerró un momento los ojos; la imagen de un precioso anillo de compromiso estaba quemándole las retinas. Lo había comprado semanas atrás, y tenía la intención de declararse en Navidad. Pero aquella sortija ya no serviría de nada.

Se sentó en el borde del sofá y puso las piernas femeninas sobre su regazo. Las acarició durante unos momentos, lleno de angustia.

Se inclinó para apartarle el flequillo a un lado. Solo quería notar su piel bajo las yemas de los dedos una última vez...

Soltó un tembloroso suspiro. Simons se había posicionado como su superior, había sido claro: si quería seguir en la investigación, tenía que dejar atrás a su chica. Y Dawson no podía quedar fuera de aquel caso. Le importaba un cuerno el ascenso que lograría si atrapaba a esos cabrones, quería permanecer dentro porque estaba investigando el asesinato de diez federales.

Y uno era su mejor amigo.

Ya has perdido a Fred, ¿vas a condenar a Ray?, le preguntó una voz interior desgarradora.

Si algo malo le sucediera... no se lo perdonaría jamás. La prefería viva y en brazos de otro que muerta por culpa de su amor y su egoísmo.

—Ray, ángel, despierta...

Tienes que hacerlo, se insistió.

—Hola... —Aturdida, se incorporó y se frotó un ojo—. Perdona, me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Tenemos que hablar, Ray.

Ella se puso rígida. Aquellas tres palabras nunca auguraban nada bueno. Se apartó de él y se abrazó las rodillas mientras pegaba la espalda contra el reposabrazos del sofá, a la espera.

Se iba a odiar toda la vida por tener que alejarla así, de aquel modo. Por hacerle daño. Pero no tenía otra opción: si Ray se enteraba de que una banda de matones armados

hasta los dientes iba tras ella por su culpa, se quedaría a su lado. Protegería al rey como toda buena reina hace en el ajedrez, sabiendo que casi siempre esta cae antes que el monarca.

No pensaba permitir que sus ganas de demostrarle al mundo que nadie mandaba sobre ella la enviasen a la tumba.

—Ray, lo nuestro... —No encontré las palabras.

Ray no era estúpida. Sabía lo que seguía a esa vacilación, sabía lo que venía después. No había tenido mucha experiencia en las relaciones; Dawson sabía que el amor y Ray no se habían llevado muy bien.

No obstante, ella ya había oído suficiente.

—Quieres terminar conmigo, ¿es eso? —Cuando vio cómo él asentía, respiró hondo—. Está... bien. De acuerdo. —Parecía calmada, pero solo era un volcán a punto de entrar en erupción. Lo miró y Dawson preferiría jugar a la ruleta rusa que ser el destinatario de semejante mirada—. ¿Por qué? Creí que estábamos bien.

—Me he dado cuenta de que... no me quieres lo suficiente.

—¿Disculpa?!

—Tengo la sensación de que siempre estoy compitiendo con él.

Él.

Al principio de su relación, cuando Ray le habló de Nicholas Montgomery y de lo mucho que lo había querido, había sentido celos de ese hombre sin rostro. Le hubiese gustado ser su primer amor, al igual que ella era el suyo. Sin embargo, Dawson pronto se había dado cuenta de que Montgomery solo era el recuerdo de una profunda herida ya cicatrizada, no tenía que preocuparse.

Lo había escogido a él por encima de un fantasma del pasado.

Nunca había desconfiado de los sentimientos de Ray, nunca había vuelto a pensar en Montgomery.

Hasta ese momento.

Y ella se había creído aquella mentira, porque había abierto la boca como si acabase de abofetearla.

Saltó del sofá y se pasó una mano por el pelo alborotado; sin duda, estaba más que sorprendida por aquella confesión. Estaba incrédula, la rabia y el dolor luchando en su interior. Dawson conocía bastante bien todas sus expresiones, eso era lo que más le gustaba de ella: su rostro era un libro abierto.

—Esto es una pesadilla —susurró Ray. Se volvió hacia él con los brazos en jarras, los ojos chispeando—. ¿Lo dices de verdad, Dawson?

—Lo hemos pasado bien todo este tiempo, Ray. Pero... ya no puedo más. Cuando te besaba o cuando me explicabas que te había ocurrido durante el día. Incluso cuando hacíamos el amor... —Las palabras salían pastosas y a trompicones de su boca, pero estaba dispuesto a todo para mantenerla lejos de él y toda aquella mierda—. Yo... he tenido la sensación de que me faltaba un pedacito de ti. Imagino que se quedó con Nicholas Montgomery.

Ignoró las lágrimas que salpicaban las mejillas de Ray, ignoró verla tan triste, y se levantó con ojos entrecerrados. Intentó controlar su propio infierno, que también le hacía ver borroso. Lo destrozaba por dentro mentirle así, hacerle tanto daño. Preferiría haber muerto antes que hacerla pasar por aquel tormento. Su cabeza le repetía una y otra vez que era lo mejor para Ray.

Aquel era su único consuelo.

—No pienso competir con otro hombre —añadió al ver cómo los ojos verdes de Ray lo estudiaban con ahínco.

—No es verdad. Mientes.

—¿Por qué iba a mentir sobre esto, Ray? He intentado hacer la vista gorda, pero... —La frustración se le escapó por la boca—: ¡No puedo más!

Ray era una mujer con mucho amor propio. Era orgullosa. Tenía carácter, era dura, de naturaleza desconfiada. Por

eso le devolvió el tono y el volumen, mientras se llevaba las manos al pecho, indignada.

—Hace más de una década que no lo veo, Dawson. Él ya no forma parte de mi vida.

Lo sé, quiso decir.

—Lo siento, Ray. Pero yo ya he tomado mi decisión. No voy a ser segundo plato de nadie, ¿de acuerdo? —Añadió con la misma voz que usaba en la sala de interrogatorios con los criminales que se creían superiores. Nunca le había hablado así a Ray, hasta ese momento: para quitarle las ganas de volver, para hacer que lo odiase por ser tan condescendiente y cazurro—. Voy a ducharme. Cuando salga espero que ya no estés aquí.

Y se marchó a la ducha sin mirar atrás, notando que, con cada paso que se alejaba de ella, perdía un año de vida.

CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte... Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer ma-labarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Nicholas Montgomery estaba exhausto y estuvo tentado de lanzar el móvil por la ventana para acallar la dichosa alarma. Esa madrugada había perdido una yegua preciosa en un parto complicado, incluso el potrillo había nacido muerto. Se había acostado pasadas las cuatro de la mañana.

Adoraba a su familia y la tradición familiar de desayunar juntos, pero ese día él ponía la casa y no le apetecía nada levantarse media hora antes de lo habitual para prepararlo todo...

Aun así, se arrastró hacia el baño, se dio una ducha de agua helada para empezar a despejarse y lo remató preparándose un café. A los hermanos Montgomery les gustaba el café que había reposado hasta perder calor, más esa ma-

ñana Nick necesitaba cafeína para recibir a sus hermanos, cuñadas y sobrinos, así que se lo tomó hirviendo.

Preparó la mesa, tostadas y boles con cereales como un autómeta.

No era habitual en él estar tan cansado, pero los últimos meses habían sido una especie de montaña rusa. No sabía qué había hecho exactamente las semanas pasadas, pero sí sabía que había estado ocupado día sí, día también. De lunes a domingo. Agotado mental y físicamente, se notaba al borde del colapso. No recordar en qué había empleado tantas horas de los meses anteriores era el signo evidente de que necesitaba despejarse un poco, alejarse del rancho y reencontrarse consigo mismo.

Era infeliz, pero se contentaba viviendo con personas maravillosas, presenciando instantes únicos. Eso compensaba todo lo demás, por eso aguantaba y se negaba a dar un cambio radical a su vida.

Ser un nuevo Nick no cambiaría nada.

Ni siquiera le devolvería la vida a la yegua y al potrillo.

El primero en llegar fue el hermano mediano, Remington. Cargaba con su hijo de casi un año, Cameron. Sonreía, aunque las ojeras demostraban que había pasado una noche de perros. Cam no había salido muy dormilón y, aunque su cuñada Amanda intentaba encargarse de él por las noches, ella también tenía que descansar. Y Remington, pese a doblar turnos en la comisaría donde mandaba como jefe, se sacrificaba para que ella pudiera acostarse.

Eso era amor, definitivamente.

Aunque Amanda no se quedaba atrás. Su cuñada miraba a su hermano con adoración.

—Qué mala cara —exclamó Remington, frunciendo el ceño.

—¿Te has mirado al espejo esta mañana? —le devolvió la pulla.

Suspiró al darse cuenta de que había sido demasiado brusco, y levantó una mano para pedirle perdón a su her-

mano.

Una de sus yeguas había muerto, no había podido ayudarla a dar a luz y la había perdido por el camino. No había dormido una mierda y lo poco que se había rendido a Morfeo había sido como un garfio hundiéndose entre sus costillas. Había soñado con una chica preciosa, rubia, con ojos claros y pecas salpicándole graciosamente el puente de la nariz...

—¿Una noche dura, eh? —Remington le palmeó el hombro, restándole importancia a su mal carácter.

—Ni te lo imaginas. —Meneó la cabeza—. Hemos perdido a *Luna* y al potrillo que esperaba. La cagué.

Su hermano meditó unos segundos, asimilando lo ocurrido. Pero luego encogió un hombro.

—Estás cosas pasan. No te fustigues —Remington cargó mejor a su hijo y lo puso en su trona, empezando a trastejar con las correas—. Cada año perdemos algún ejemplar por una razón u otra...

—Pero yo estaba allí. No fue un accidente, no tuve que sacrificarla. Simplemente... —frustrado, dejó la jarra del zumo en la mesa con un buen golpe—. Fallé.

Remington puso los ojos en blanco y Nick gruñó en su dirección como respuesta. Su hermano era poli y, si bien reverenciaba a los caballos y montaba de vez en cuando, no vivía aquel rancho como podían hacerlo su otro hermano, Tanner, o él.

Se acercó a la trona donde estaba Cameron y le revolvió el pelo, rubio como el de su madre. Estaba obligándose a sonreír, notaba el cansancio sobre los párpados y la culpabilidad sobre los hombros.

—Hola, colega. ¿Hoy tampoco has dejado descansar a papá y a mamá? ¡Eres un trasto!

—Todos los niños lo son.

Los dos levantaron la cabeza hacia su nueva cuñada: Rebecca Montgomery Lennox. Se había casado con su hermano mayor el pasado mes de febrero. Lo habían hecho en

Las Vegas. Solos. Con Elvis como testigo. Había sido una locura. No pegaba nada con el carácter de ambos, pero Nick comprendía que no querían esperar a convencionalismos para estar unidos por un papel, sobre todo porque no había sido sencillo para ellos estar juntos.

—¿Estás bien? —Beccah le acarició el brazo y Nicholas volvió en sí. Le intentó devolver la sonrisa—. ¿Nick?

—Una mala noche, eso es todo.

Su cuñada no estaba del todo convencida con su explicación, pero sus hijos entraron en la cocina como una tromba, corriendo y chillando, acallando lo que quisiera decir.

Nicholas terminó de preparar la mesa mientras su sobrino Roth le preguntaba a su hermana Irina qué iba a hacer en el colegio ese día. Los dos parloteaban animadamente.

Nick sonrió al ver cómo el mayor de los Montgomery entraba en escena y los achuchaba para darles los buenos días. Tanner se había entretenido afeitándose y no los había podido despertar él.

Envidiaba a sus hermanos por tener una familia completa y feliz, una que dependía de él pero que, a la par, no lo necesitaba para estar entera. No los odiaba ni estaba resentido con ellos, lo estaba consigo mismo. Dolía saber que podría haber tenido todo aquello con Ray, pero que lo había dejado marchar por miedo.

Ray London.

La chica con nombre de chico, la chica que cantaba a viva voz cuando conducía, la que bailaba *country* en las fiestas del pueblo, la que se golpeaba la frente con el puño cuando suspendía un examen.

Sonrió con tristeza al recordarla. Su primer amor, el cual lo marcó siendo adolescente y cuyo fantasma aún lo perseguía. Ray había sido la primera chica que llamó su atención. No solo para darse el lote tras las gradas del instituto, tampoco para un polvo rápido en la camioneta. Le había im-